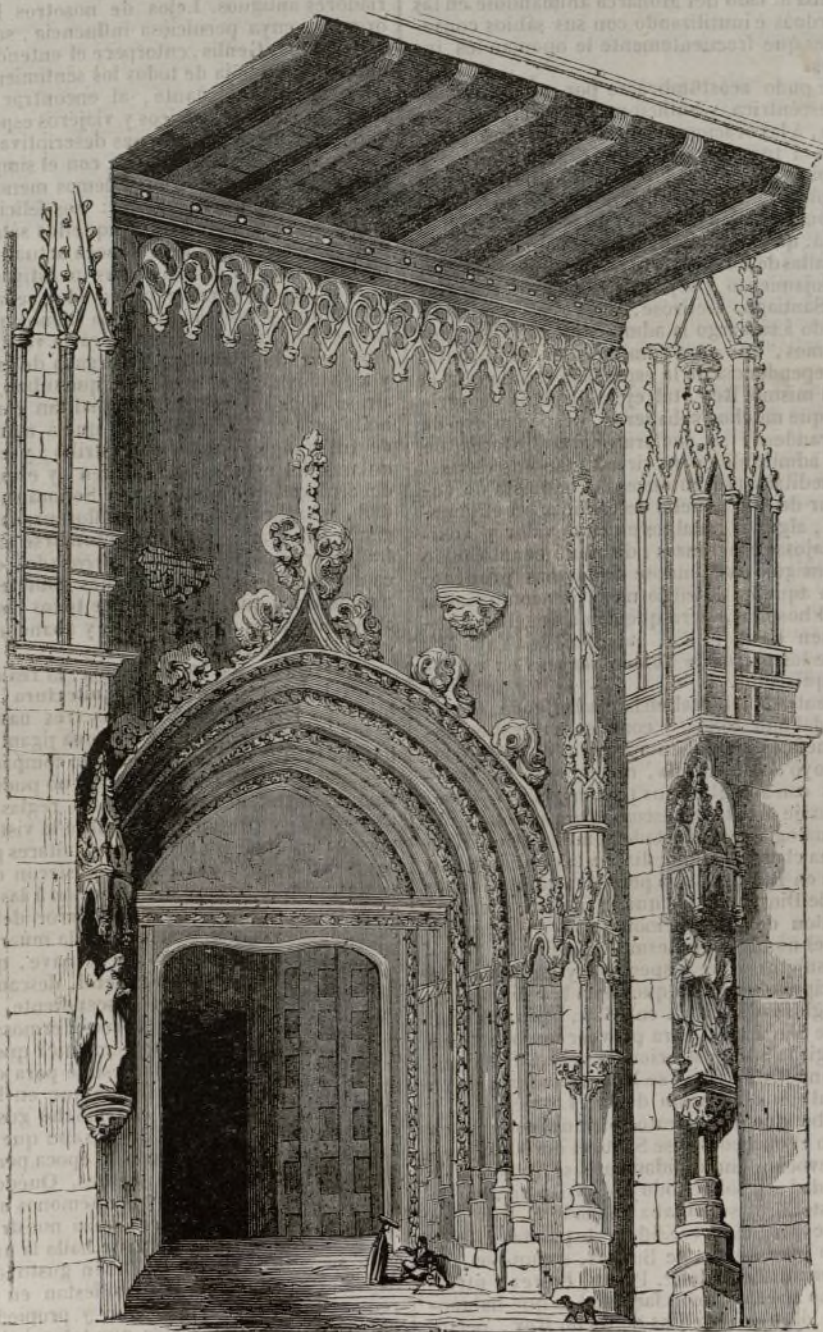


ESPAÑA PINTORESCA.



LA PARROQUIA DE SAN LESMES EN BURGOS.

CUANDO vino la Reina Doña Constanza á contraer matrimonio con D. Alonso VI de Castilla, vivía en el monasterio de *Casa Dei* un monje llamado Adelelmo, que había renunciado la mitra abacial y con una vida milagrosa aunque oscura hacia que en toda la Francia se respe-

tase su nombre. Descaba la Reina tener cerca de sí aquel varon, para que acompañase á su esposo en los peligros de la guerra, creyendo de buena fé que su valimiento con Dios le libraria de las asechanzas de los enemigos, y haria descender sobre sus armas las bendiciones celestia-

les. Agradeció el Rey el celo cariñoso de su esposa; despachó en seguida un mensaje y, obedeciendo Adelelmo despues de repetidas jestioness, se trasladó á la corte de Castilla, y andaba al lado del Monarca animándole en las empresas mas árduas é inutilizando con sus sábios consejos las reacciones que frecuentemente le oponian los irruptores infieles.

Adelelmo no pudo acostumbrarse por mucho tiempo á una vida tan escéntrica y bulliciosa. Apetecia volver á su celda pacífica, á las oraciones solitarias que tanto echaba de menos en el tumulto de la guerra; y conociendo D. Alonso que para obtener el favor divino, bastaria que Adelelmo le implorase desde el rincón mas escondido de la tierra, le propuso para morada propia la capilla de San Juan Evangelista, que algunos años antes habia edificado fuera de las murallas de Burgos, entre los rios *Arlanzon* y *Vena*, para alojamiento y sepultura de los peregrinos que pasaban á Santiago. Retiróse, pues, el venerable asceta, y tomando á su cargo la administracion y asistencia de los enfermos, que eran admitidos en el hospital fundado como dependencia de la espresada capilla por la munificencia del mismo Rey, tal ejemplo daba de caridad y ternura, que muchos caballeros, despojándose de sus títulos de grandeza, se declararon coadjutores de aquel monje tan admirable en su virtud y en sus obras.

El Rey premeditaba por entonces la conquista de Toledo. Mas á pesar de que aquella determinacion eliminaba de su milicia, algunos hidalgos en cuyo valor y auxilio fundaba ventajosas esperanzas, disimuló cuanto pudo su disgusto y consiguió, valiéndose de la mas prudente dulzura, que en aquella difícil jornada le acompañasen los cenobitas del hospital, para que como ángeles tutelares le protegiesen hasta que el pabellon de Yaya (1), enarbolado sobre los muros de Toledo, cayera en manos del ejército conquistador.

Hizo este su entrada triunfal en la ciudad goda, el jueves 22 de Mayo del año 1085; y como es natural en todos los reyes benéficos que saben apreciar los sacrificios empleados en apoyo de su corona, recompensó D. Alonso á sus soldados con arreglo á sus pretensiones y clase. Reconocido al monje Adelelmo escogió para premiarle la dádiva de mas analogía con su estado y ministerio. Hizo levantar una vasta clausura, inmediata á la capilla de San Juan Evangelista en Burgos, para perpetua habitacion de aquellos siervos de Dios, y de los que le fuesen sucediendo. Tomó posesion del nuevo monasterio el ejemplar Adelelmo, bajo el nombre de Lesmes, quedando la ermita y hospital sujetos á su inspeccion y gobierno; de donde tuvo principio el derecho que hasta la estincion de los monjes y religiosos decretada en 1836, asistia al abad del monasterio de San Juan, para proveer los beneficios eclesiásticos y regir la administracion de la que fué capilla del Santo Evangelista, y hoy se halla transformada en iglesia parroquial con advocacion de San Lesmes.

Bien se concibe que el aparato solemne con que en ella fué sepultado el cuerpo de ese Santo el dia 30 de Enero de 1097: la devocion que rápidamente se introdujo y cundió por la ciudad; y sobre todo el espíritu piadoso de que en siglos posteriores se hallaba animado el Rey Don Juan I pudieron contribuir á reedificar de planta esa iglesia notable entre las antiguas de Burgos, segun nos refieren Yepes, el manuscrito del P. Prieto, Florez y otros: empero lo que no se esplica con facilidad es que habiéndose decorado la obra á expensas de dicho Rey, pertenecia á los estilos *oival-florido* y *grotesco*; esto es, al reinado de los reyes católicos y principios del de el Emperador Carlos V. Dice uno de los mencionados escritores, que el sepulcro en donde yace el Santo patrono se acabó á fines del siglo XVI, y convenimos en ello. Pero asegurar que la actual iglesia se hizo en tiempo de Don Juan el I, en que con limosnas de los ciudadanos levantaron con piedra de silleria las tres naves de que aquella

se compone, es un error que, por lo menos, justifica la utilidad de los conocimientos artisticos para rechazar los datos falsos de que tan pródigos se manifiestan los historiadores antiguos. Lejos de nosotros la presuncion y el orgullo, cuya perniciosa influencia, segun las espresiones de Mad. Genlis, entorpece el entendimiento, abate el alma y la despoja de todos los sentimientos racionales y generosos: no obstante, al encontrar en los libros de nuestros literatos clásicos y viajeros espermentados noticias históricas y narraciones descriptivas, que tan sencillamente pueden desmentirse con el simple é infalible testimonio de las artes, no podemos menos de decirlo con cierta especie de vanagloria: nos felicitamos por haber abandonado el método que aquellos sábios nos trazaron, para seguir el que nuestra época actual nos demuestra al través del ancho campo de sus investigaciones científicas.

Tan pronto como el observador repare en el arco que por su lujo y especial gallardía hemos querido bosquejar para nuestro artículo, conocerá la verdad de lo que vamos diciendo. Esa ojiva, recargada de estatuas, umbelitas y trepados de ojas cardinas, que suben á formar sobre el airoso *tope* un remate conopial tan característico como bello; esa crestería cairelada que á manera de una zona de tul cuelga de estribo á estribo; y esos pliegues angulares del manto de la Virgen, y esas alas puntiagudas del arcángel que anuncia á la Señora su divina maternidad, y hasta las marquesinas florenzadas que ambas imágenes amparan: podrán confundirse alguna vez con las franjas truncadas del gusto *decorado*, con sus corridos capiteles, con sus indefectibles gabletes, y con los demás adornos que señalan entre todos los estilos y gustos arquitectónicos el que adoptó y abandonó nuestra nacion en el siglo de D. Juan I?

Pues entrando en la iglesia, la realidad se presenta todavía mas palpable; la arquitectura mas marcada; el lujo mas sorprendente. En las tres naves inmensas que desde luego ofrecen al curioso una gigantesca perspectiva, llaman la atencion las bóvedas de compacta sillería, sustentadas por aristas y arcos que no pudieron doblegarse sino en virtud de las admirables reglas de algun arquitecto osado y profundo. Descubre la vista en variado panorama enterramientos ilustres, altares preciosos de personas calificadas de la ciudad quisieron dejar consignada su devocion al Santo, su proteccion á las artes, y el amor á esa religion que destierra el horror del sepulcro y hace agradable el pensamiento de la muerte.

En el túbulo primero de la nave, que se encuentra á la derecha del ingreso general, descansan los señores del apellido *Salamanca*. Descendiente suyo es el actual Conde de Castroponce y Torre-Hermosa, y en verdad que si la amistad antigua y simpática que con él nos une, no fuese un obstáculo inaccesible para quien teme mas incurrir en la nota de adulador que en la calificacion de exigente, dedicaríamos con mucho gusto un período á elogiar cual se merece el decoro con que esta noble familia trata de imitar en cuanto la época permite el ejemplo de sus esclarecidos ascendientes. Quédese, pues, para otra pluma este cuidado, y ocupémonos un rato de los objetos que en el momento reclaman nuestra consideracion.

El arco sepulcral donde se halla la urna tiene un ornato sencillo, aunque del buen gusto del renacimiento de las artes. Los bultos manifiestan en sus vestidos ceremoniales mucha correccion y propiedad, dando una idea exactísima del realce que tales hábitos prestaban á las personas distinguidas de los siglos XV y XVI. Es mas mezquino el sepulcro inmediato, á pesar de que segun espresa el epitafio, contiene los restos de muchos descendientes de la misma familia.

Una cartela, puesta sobre el ingreso de la sacristia cerca del retablo de esta capilla, hace notorio que la fundó D. García de Salamanca, el cual murió en 20 de Setiembre de 1510, habiendo dejado limosna perpétua para que en ella le dijiesen una misa cantada cada dia. A lo que se infiere descansa este caballero con su muger en un

(1) Era hijo de Aldemor y hermano de Santa Casilda.

panteon levantado un palmo sobre el suelo cerca de la gradería del altar; pues aunque las molduras del lecho y ropajes de las estatuas acostadas indican el exclusivismo del estilo ojival florido, este gusto domina también en el retablo y sin embargo consta haberse trabajado después de comenzada la época de la restauración. No es solo el arco semicircular abierto en la pared, y destinado para contener en su fondo la obra inestimable del altar, lo que recrea al observador y le conduce al estudio del arte. Las filigranadas umbelias y el delicadísimo artificio con que para caracterizar las franjas se han entretreído mil vástagos poblados de hojas, frutas y blasones, bastarían para que el menos versado en el conocimiento de las artes viese con gusto ese modelo de riqueza y delicadeza de cincel.

Otra sensación bien distinta producen los altares de piedra que, al trasladarse el espectador desde la capilla de los Salamanques, á la principal de la iglesia, se ven arimados á los pilares del arco, que dá entrada al presbiterio. La escultura ya no es la misma. Las imágenes, los adornos y hasta el sistema arquitectónico no son semejantes á nada de cuanto llevamos examinado. En el transcurso de medio siglo las hornacinas encuentran cariátides en que estribar: los primeros tercios de las columnas se revisten de mascarones y frutajes; y fijando su planta en la basa ática, vuelve á evocar los bellísimos recuerdos de la arquitectura greco-romana. El primero de estos altares tiene por titular á San Juan escribiendo el Apocalipsis, y el segundo á San Joaquín y Santa Ana. Los rostros de ambas efigies, tocados de un color encendido y espeso, hacen mal contraste con la blancura natural de la piedra, y hasta descubre faltas de dibujo que en otro caso no serían tan visibles.

Hay en el basamento del altar del Evangelista una inscripción, por la cual sabemos que le mandó edificar Don Francisco de Almazán, fundador de muchas memorias en aquella iglesia; falleció en Nueva España el año de 1561, esto es, un año posterior á las fechas que en el ápice de cada retablo se registran en unas medallas circulares muy adornadas y vistosas.

A propósito de medallas encomiaremos aquí la que enfrente del altar parroquial, junto al pilar tercero del lado de la epístola, representa á nuestra Señora, su niño y el bautista, esculpidos en un óvalo pequeño de alabastro. Majestad tan respetuosa como la de la Virgen; actitud tan natural como la del niño, y espresión tan candorosa como la del precursor, no es dado concebir, ni mucho menos materializar sino á ciertos talentos privilegiados, que la generalidad de los hombres admira sin comprender su valor ni su precio. Creía el pasmoso Rafael que para producir una obra bella necesitaba tener el artista en su idea un modelo mas hermoso que ella; y si esto es así, mucho tenía de divino el tipo que existía en la imaginación del escultor antes de crear sobre la piedra el precioso modelo que nos ocupa. La Madre de Dios, sentada con dignidad en el centro, tiene el brazo extendido al través de su regazo, y con su mano cándida é infantil sostiene el pie izquierdo de su niño, cuyo ademán indica estar comunicando al hijo de Zacarías espresiones de inocencia, de gracia y de amor. Cuando nuestros ojos descubrieron tan interesante grupo temimos que el aire descompusiese el lindo plegado de aquellas ropas ligeras: nos poseímos después de la mas dulce ternura, y como la hermosa penitente de Luis XIV, buscábamos el alma de aquellas imágenes y creyendo encontrarlas, las adoramos.

Esa alhaja del arte tiene por objeto embellecer un altar sepulcral del siglo XVI, en donde dice el epitafio que se depositaron las cenizas del capitán Juan de San Martín y su esposa Doña María de Medinarría, los cuales dotaron perpetuamente muchos sufragios y fallecieron en 1561 y 1563.

La nave mayor, adonde insensiblemente nos hemos acercado, contiene entre otros objetos curiosos el púlpito

que es de piedra, con bajo-relieves y molduras grotescas, y seis enterramientos de lo mejor que durante el siglo XVI puede hallarse en su línea. No haremos de cada cual la detenida reseña que se merecen, pues correspondiendo como corresponde su estilo á una misma época, haríamos incómodo nuestro relato con mil repeticiones, de que no nos sería fácil prescindir. Efectivamente, si el túmulo primero ostenta dos bultos apreciables por la forma de sus elegantes trajes y carece de tallas exteriores que publiquen la opulencia de los que le costearon, en el otro que se sigue no se contentó el ciudadano D. Diego del Campo, cuyos huesos le ocupan, con que su estatua decorase el sarcófago, sino que admitiendo á ejecución un proyecto digno de reyes, hizo labrar alrededor del arco un vistoso conopio; colocaron á lo largo del frontispicio y sobre una repisa ojival varios santos, y labrando admirablemente el plano de la pared con minuciosos panalitos, realizaron en el contorno por la parte superior un arco florenzado en que la esbelta proporción de las curvas compite con las hojas cardinas, revueltas liadamente sobre sus frondarios.

El señor Campo dejó de existir el 11 de Enero de 1504. Comenzábase entonces á adoptar los primeros rasgos de la radical innovación que iba á sufrir el gusto estacionado entre los arquitectos españoles desde el reinado de los Reyes católicos; y á medida que el siglo de Miguel-Angel avanzaba se revestía de nuevos y desconocidos atavíos, no proscribiendo enteramente sus formas orientales, sino preparándose á engalanarlas con el esquisito dibujo de los ingenios mas ilustres que produjera la Roma católica. Esta diferencia de fisonomía artística se echa bien de ver, en el lucillo en que reposan D. Fernando de Medina, Doña Beatriz del Castillo, D. Ventura de Ariaga y Doña Francisca de Lerma, insignes bienhechores de aquella parroquia. Lucen allí la franja doble, y el posuctado en la archivolta del arco. Enlázase el conopio con el contraconopio. Las agujas piramidales reciben sobre la cúspide el cabizbajo lambel, parecido al *alrabá* de los moros. Todo esto se descata en una superficie escabrosa; en el complicado laberinto de ajisuecos y treboladas, que á la sombra de los relieves mas voluminosos, parecen ocultar su hermosura, esquivando el último repudio de sus intolerantes detractores.

Al lado del evangelio se halla el sepulcro de D. Juan Bautista Ortiz de Espinosa, abad de santa María de Terrana, del consejo de S. M. y juez de la monarquía en el reino de Sicilia. Los maestros que fabricaron esta hornacina, buscaron un género desusado para constituir su decoración. El conopio sube aquí á despuntar en medio de un círculo que rodea como emblema de la eternidad al salvador del mundo, sentado sobre una esfera. Dos figuras humanas le adoran postradas á sus pies; y como para coronación se habían aprovechado el arco florenzado y el lambel en los entierros inmediatos, emplearon un semicírculo de tres folias y quedó agraciadísimo el recuadro.

Preservaremos de exámen la extraordinaria profusión de rocalla que campea en el retablo preferente de la parroquia, bien que si algun ejemplar hay en Burgos sujeto á reglas de uniformidad y buena armonía en el gusto churrigueresco, es el que ahora mencionamos. Añadiremos todavía mas: con esta sola obra, construida en Burgos el año de 1608, pudo acreditar al autor entre los inteligentes y conocedores de mucho gusto é ilustración como retablista, y como escultor de hombre delicado sin niñerías ni cobardía. La madera que subsiste desnuda ha tomado el color tostado del cedro; y tan marcados están los cortes y movimientos de las entalladuras con el polvo pegado á ellas, que este desaseo ha venido á ser un requisito eficaz para que brille la obra con todo su mérito. Ved aquí un punto donde el polvo hace mejor servicio que los colores y el oro.

Tampoco citaríamos si nuestras descripciones no fuesen tan detalladas, la capilla que con inmediación al ábside lleva la advocación de San Gerónimo. Por único adorno

no ofrece un altar malísimo del siglo XVII; el retrato del fundador pintado en lienzo, y una gran cartela de piedra por bajo de un escudo de armas, en que se lee, que fabricó esta capilla D. Gerónimo Ruiz de Camargo, obispo de Córdoba Coria y Ciudad-Rodrigo, canónigo magistral de Avila, consultor del santo oficio, colegial en el mayor del arzobispo de la universidad de Salamanca, abad de Camargo y beneficiado en San Lesmes de Burgos. Murió en el año de 1633, nueve después de concluida la obra de su capilla.

Dividela una pared en direccion latitudinal de la de nuestra Señora de Belen. Semejante á las demas que dejamos descritas, incluye muchos y costosos sepulcros de los estilos *plateresco* y *grotesco*, con sus hornacinas y áticos poblados de santos. En algunas de las primeras estan de rodillas los bultos de los allí sepultados, con sus reclinatorios y trajes opulentos. Tal se ven los del lucillo segundo al lado del evangelio con este notable epitafio.

Aquí yacen los señores Cristoval de Haro, factor de la majestad del emperador Carlos V, de la casa de la contratación de la especería y regidor de Burgos, patrono de esta capilla; y Doña Catalina de Ayala su mujer. Falleció él en el mes de Noviembre del año de 1541, y ella en Octubre de 1546. Dejaron dotadas en esta capilla cinco misas rezadas con sus responsos cada semana.

Juan de Haro, hijo mayor de dichos señores, yace tambien en el mismo lugar, segun lo refiere una segunda inscripcion, grabada en el macizo del arco, á mano derecha. Muy cerca de este reposan D. Lesmes de Haro y Doña Isabel de Montenegro, de ilustre y antiguo linaje, que fallecieron en 1566 y 1571; y medio oculto con los ridiculos tableros del altar se deja ver el bulto del hidalgo Juan Fernandez de Burgos, muerto en el año de 1510.

Cerraremos el número de tantos y tan preciosos monumentos fúnebres con el que la piedad de los burgaleses erigió á su patrono al espirar el siglo XVI. Redúcese á una capillita cuadrilonga, situada en frente de la puerta principal, acaso con el fin de que pudiesen visitarla desde la calle, sin interrumpir su tránsito los peregrinos de Santiago. Ciérranla por las cuatro facas unas verjas de hierro doradas, y sostienen el dombo ó bovedilla cuatro columnas dóricas, colocadas en resalto á los ángulos de la estancia. Circunvala el cornisamento un andén de mal gusto, y á sus extremos plantan cuatro estatuas simbolizando las virtudes cardinales. Un tabernáculo ó capulina cerrada que carga sobre la clave central, cobija la imagen de San Lesmes, vestido con hábito de abad.

Decente nada mas es el féretro que encierra su cadáver, exento en medio de la capilla á que nos vamos refiriendo. Como la materia es mármol rojo ha recibido bien el pulimento y brillaría mucho mas sin el simulacro yacente y en todo caso sin la funda deteriorada que le cubre. Escribe Yepes que siendo virey de Milan el condestable de Castilla D. Pedro de Velasco, envió un pabellon de tisú, para que adornasen el túmulo de San Lesmes por reconocimiento que los señores de su casa tenían al santo de cuya iglesia hubieron sido feligreses. Pero en el día no existe ese rico ornamento, ignorándose cuando desapareció.

Anotadas por mayor las joyas principales que los curiosos hallarán depositadas en la parroquia de San Lesmes, apuntaremos como accesorios el arco de esquisito trabajo que sustenta la barandilla del coro; dos cuadros bíblicos, pintados con gran conocimiento de la perspectiva aérea, paisaje y degradacion de tintas; otro firmado por Martínez en el año de 1737, en que se admira la concepcion de la Virgen y sus principales misterios; cuatro tablas flamencas de excelente colorido; un San Francisco penitente; los lienzos de los milagros del santo y otros muchos perfectamente compuestos y conservados con celo.

Hemos reconocido un terreno en que nuestros ascen-

dientes dejaron estampadas las huellas venerables de su virtud. La cultura de los siglos sucesivos no podrá menos de acatar esos magníficos trofeos con que por doquiera sorprenden nuestros pueblos y ciudades á los admiradores de la antigüedad y de las artes. Mas por si acaso los desengaños se multiplican y la profunda conviccion que actualmente nos asiste, se viera burlada, consérvense á lo menos los humildes bosquejos, que á costa de un anhelo infatigable vamos espendiendo entre las familias instruidas, deseosos de que sirvan de ejemplo los recuerdos de nuestra patria á toda la posteridad.

1846

RAFAEL MONGE.

AMENA LITERATURA.

Amor á la dernière.

ARTÍCULO COM' IL FAUT.

No sé si alguien habrá dicho, y si no lo digo ahora, que el amor es un cuerpo sin olor, color, ni sabor, y siendo estas propiedades las mismas del aire, segun los fisico-químicos, le viene bien esta idea que puse en otra parte:

«el amor es como el aire

pues cambia á cada momento (1)»

Puede probarse que el amor y el aire tienen muchos puntos de contacto. Nadie ha visto el aire: nadie ha visto el amor; el aire mata: el amor mata tambien; al que le tapen la boca, pedirá aire, querrá respirar; al que le supediten la voluntad de dejar latir su corazon, se ahogará, reventando como un volcan; el aire vemos que hace girar una veleta: el amor hace cambiar el corazon; el aire se trueca en huracan: el amor en fiebre; cesa el aire y reina la calma en el mar: cesa el amor y reina la calma en el espirito; el aire agita las ventanas, y su estrépito produce insomnio que ataca la parte fisica: el amor agita el corazon y produce insomnio que ataca la parte moral. El amor y el aire son dos gemelos.

Mas déjome de digresiones y de amores aéreos que he ofrecido un amor á la dernière y voy á describirlo: nada tiene de inverosímil, ni de extraordinario, pero dá á conocer las inconsecuencias del mundo.

No hace muchos meses que me hallaba en la Habana; pais delicioso, que tiene intrigas como todos los paises, y donde el amor señala los mismos grados en el termómetro del escepticismo: un día de octubre del año pasado, llegó el cartero á mi casa y me entregó una carta de poco volumen, en cuyo sello colorado decia: «MATANZAS» y en su sobre «Señor D. T. Guerrero—Habana.» Desconocí la letra, pero cual fué mi asombro, después de abrirla, al ver la firma de una Carlota; la leí, admirando en toda ella un lenguaje volcánico de pasión... y esta carta no era para mí, pues la T inicial, no queria decir Teodoro, sino Tomás, pero como soy algo indolente no busqué á este y guardé la carta concebida en estos términos.

(1) En la dolera *De ayer á hoy*, publicada en mi tomo *TOTUM REVOLUTUM*.

«Matanzas 18 de octubre de 1845.

«Querido Tomás: ayer te marchaste en el vapor, y mirabas para la azotea de mi casa, que daba al mar: yo comprendía que me mirabas, porque te miraba yo... Eran las seis y escusé bajar: yo veía partir el vapor, y como una sombra alejarse, dejando mi corazón tan agitado como las ruedas de su máquina, tan incendiado como sus calderas y cubierto con un velo tan negro como el humo que despedía, formando un arco-iris oscuro, presagio de alguna desgracia.

«Le vi desaparecer, y solo un punto negro distinguía ó me parecía distinguir; este punto á mis ojos crecía, tomaba cuerpo, y ya no era una máquina de tablas y de hierro: todo se lo tragaba el mar: yo solo veía tu figura; creía que estabas sonriéndote al agitar tu pañuelo blanco: aquel pañuelo que debía aun conservar mis lágrimas de mujer, confundidas con una lágrima de hombre: una lágrima tuya, una sola lágrima brotaron tus párpados, una sola, pero era de fuego, y tus ojos fueron el espejo de tu alma: sé que sufriste mucho, Tomás, porque me amas, y quien bien ama, nunca olvida.

«Ahora estarás pensando como yo, en el momento de volver á vernos: solo tu presencia podrá compensar mis horas de amargura, pues yo no cómo, Tomás, no duermo: siempre luchando con una sombra, cuyo cuerpo he perdido; el cuerpo eres tú: la sombra tu memoria.

«Escribeme muy largo: necesito ver letra tuya, en que espreses por escrito lo que tantas veces has dicho á tu—Carlota.»

Considere el lector cuanto gozaría, leyendo tan dulces palabras, aunque indiferentes para mí, pues las cartas de amor para los que no aman, tienen el mismo valor que las cartas de la baraja para los que no juegan. Seguramente hubiera olvidado este suceso, si ocho días después no hubiese vuelto el cartero á traerme otra epístola cuya letra conocí, y sin meditar que sorprendía una correspondencia, rompí la oblea que representaba un corazón inflamado, con este letrero en francés: *pour vous*. Esta segunda carta decía así:

«Matanzas 26 de octubre.

«Ocho días han pasado, Tomás; ocho días de amargura: ocho veces he visto desde mi azotea como asomaba el sol su corona esplendente por el mar, dominando la ciudad con sus rayos abrasadores; pero he esperado, Tomás, sin sentir el calor, porque en mi corazón estaba reconcentrado otro sol mas ardiente: el amor irritado! Ocho veces he visto hundirse el sol entre las aguas, y ha sido en vano: he esperado... y aun espero...

«No has vuelto y fuiste para estar tres días: creó que estarás enfermo, pues no puedo convencerte que hayas olvidado á —Carlota.»

La conciencia me remordió en aquel momento, pues creí tener parte en la indiferencia de Tomás, que por llevar mi apellido, no recibía las cartas de la pobre Carlota, que manifestaba ser uno de los pocos modelos de amor del siglo XIX. Sin embargo conocía que la conducta del anónimo Tomás era reprochable, cuando nada

le escribía á quien tanto le amaba, pero la casualidad desencadena á veces los misterios mas tenebrosos.

Dos días después me paseaba solo por el salón del Liceo, mientras bailaban las *contradanzas*, cuando oigo que detrás de mí decía uno:

—¿Te diviertes mucho, Tomás?

—Hago lo posible.

—Ya se vé, con tan buena pareja!

Al nombre de Tomás me volví repentinamente, y sin saber por qué fijé la vista en el interpelado, queriendo adivinar en su fisonomía, si era mi héroe de Matanzas. Tendría de veinte y dos á veinte y tres años: melena rizada, bigote negro como su cabello, y su traje elegante, unido á ese sello particular que recomienda, predispone en su favor: estaba sentado junto á una joven, muy joven, y por las palabras que pude sorprender en su diálogo, se correspondían.

Al primer conocido que encontré al paso, le dirigí esta pregunta.

—¿Quién es aquel joven?

—¿El que baila con Leocadia?

—Ignoro el nombre de ella, le contesté, pero ahora les toca salir.

—Bien: ese joven se llama Tomás Guerrero: educado en Matanzas, donde reside. Dicen que se casa con Leocadia, pero no lo creo, porque es muy loco.

—¡Gracias!... ¡Este es mi hombre! dije entre mí, y estrechándole la mano, me fui á colocar detrás de Tomás y Leocadia. No sé que interés me unía á Carlota, pero deseaba hacerla un bien, sin conocerla.

Cuatro días pasaron, y la tercera carta de Carlota llegó á mis manos. Quiero copiarla para dar á entender el estado de un amor tan singular.

Matanzas 2 de noviembre.

«La reflexion obra siempre en los seres, cuando las personas son capaces de reflexionar; y yo, Tomás, aunque he apurado gota á gota la hiel de la amargura, he sabido lanzar la copa que la contenía y hacerme superior á mi debilidad. El hierro candente que vá recibiendo gotas de agua, al fin concluye por apagarse y la mano que lo toque, lo hallará frío. Mi corazón ardiente ha recibido cada instante una de mis lágrimas que refluían en él porque trataba de contenerlas, y no tenían salida... Mi corazón está apagado, y apenas al tocarle siente mi mano su latido.

«Hé suspendido, Tomás, porque me ahogaba! Los sollozos del despecho y las lágrimas de la debilidad eran una lucha demasiado fuerte... ¡y me volvería loca! ¡Hé mentido, Tomás! ¡hé mentido! ¡mi corazón te busca, porque te amo yo!... Una palabra, una sola palabra... y quedas sincerado: el amor es ciego y me dejaré engañar!... Yo quiero persuadirme que alguna causa grave te detiene en la Habana. Espero tus cartas... Adios!—Carlota.

Esta lectura me causó una impresion muy profunda, y salí decidido á buscar el paradero de Tomás: cuando le encontré, corrí á su casa y se lo conté todo, disculpándome, aunque pronto á satisfacerlo; pero riéndose me contestó:

—No tiene V. la culpa, sino nuestro comun apellido: desde hoy firmaré con el segundo para mas seguridad.

—¿Y Carlota? le pregunté, sin dar á entender que sabia sus relaciones con Leocadia.

—Todo pasa en este mundo, amigo: nosotros no podemos contar con nuestro corazon.

—¿Eso quiere decir que yá es de otra?

—¿Sí: el corazon es como el agua; el corazon se forma ilusiones segun la muger que ama, como el agua toma la figura del vaso que la contiene.

—¿Y es mentira que la amabais?

—¡Pasatiempo! ¡cosas de muchachos!

—¿No vé V. que puede precipitar á esa jóven?

—Amigo, ¡V. es poeta! su imaginacion se exalta pronto,



«y admiro vuestro candor
que no se mueren de amor
las mugeres hoy en día!»

—¿No recuerda V. que Espronceda dice esto?

—Sí, sí, recuerdo, le contesté.

—El paso ha estado gracioso y no dudo que lo aprovechará V.: solo le suplico que me trate con caridad.

—No lo olvidaré: ¡adiós!

—¡Adiós!

Y salí, decidido á volver, porque me interesaba aquella historia.

El desenlace es casi de prever, pero bueno será que publique la última carta de Carlota. Al abrirla tuve algun miedo por su cabeza.

La carta decia así:

Matanzas 19 de noviembre.

«Todo ha concluido entre nosotros! V. ha sido un perverso; pero á desesperado mal, remedio desespera-

do: sé que V. se casa, y le deseo felicidades. Un joven ha querido consolarme, y he aceptado su amor: he aprendido, aunque un poco tarde, lo que son los hombres.—
B. S. M.—*Carlota.*

Muy pocos días después, mi nuevo amigo Tomás me participó su enlace, noticiándome al mismo tiempo, que *Carlota desesperada*, debía también casarse dentro de breves días.

¡Hé aquí el mundo! exclamé yo. ¡Crea la muger en el amor del hombre, y crea el hombre en el amor de la muger!

TEODORO GUERRERO.

POESIA.

LA SOCIEDAD.

«Maldito el hombre que virtudes siembra,
para coger cosecha de desgracias.
Hartzenbusch.»

Rosa que exhala su fragante aroma,
cuando el alba benéfica despunta,
y bajo el caliz de color no asoma
de aguda espina la escondida punta.

Mar, que apacible sobre la ancha falda,
recibe el peso de ferrada quilla,
y sacudiendo súbito la espalda,
rota la arroja á la apartada orilla.

Vision engañadora, cuyo canto
adormece del hombre los sentidos,
y al descorrer el misterioso manto,
se torna el sueño en lúgubres quejidos:

Tal es la sociedad: tal es el mundo
con su pompa, su brillo, sus mugeres;
con su acento de júbilo profundo,
con su capa mentida de placeres;

Tal es la sociedad: bella, amorosa,
como el sonido de la blanda lira,
y allá en el fondo de su faz de rosa,
todo es preocupacion: todo mentira.

¡Ilusion... desengaño!... horrible ideal!...
Ser tan bello, el matiz de sus colores...
ser fantástica imagen que se crea,
en la imprudente edad de los amores!...

Y el imbécil se goza, se estasia,
con el brillo falaz de su hermosura...
es la muger que esconde su falsía...
es el leon que aduerme su bravura.

Lánzase en ella con pasión el hombre,
cual se lanza el guerrero á la pelea,
y olvidando tal vez su oscuro nombre,
su magia engañadora saborea.

Empero pronto la orgullosa frente,
marchita yace como flor caída,

como rosa que sol resplandeciente,
sin aroma dejó; dejó sin vida.

Mírala humilde, su capullo seco
declinar á la tierra con tristura
como declina misterioso el eco
del ancho espacio en la elevada altura.

La desgracia, ¡infeliz!... en un momento,
las flores marchitó de aquel eden;
y hondo surco de agudo sentimiento,
dejó al pasar sobre tu ajada sien.

Ese mundo fantástico que viste;
esas horas mentidas de pasión,
fueron un sueño que feliz dormiste,
en el seno fugaz de la ilusión:

Rasgóse el velo que ofuscó tu sueño,
cuando á la vida por tu mal tornaste,
y en vez del mundo que creó tu ensueño,
la severa verdad desnuda hallaste.

¡La desgracia!... ese sol de desventura,
remedo de la muerte en los dolores:
esa voz de pesar y de amargura,
áspid oculto entre olorosas flores:

¿Qué se hicieron los ayes de la hermosa;
su constancia, su fe, su juramento?...
¡Ay! huyeron cual leve mariposa,
y en sus regiones los deshizo el viento.

¡Ya no hay sino desgracia; y de su seno,
la altiva sociedad arroja al hombre;
y con el pecho de pesares lleno,
huye la sociedad; odia su nombre.

Y llena el alma de pasión y vida:
lleno su corazón de fuego ardiente,
grita al ver su ilusión desvanecida,
«Miente la sociedad: el hombre miente.»

J. F. DIAZ.

EPIGRAMAS.

Compró un billete Matias,
y premiado le salió,
en aquellos mismos días
la muger se le murió.
Esas son dos loterías.

P.

Gil casó pobre, y después
tuvo dinero y carruajes,
buena mesa, y ricos trajes
su esposa la linda Inés.

El al ver tanta arrogancia,
—¿Qué tengo en la frente yo?
dijo: y ella contestó:

—Los signos de la abundancia.

PROSPERO MASSANA.

Deseosa la Empresa del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, de corresponder con progresivos adelantos al constante favor que esta obra ha merecido del público, dispone para dar principio al duodécimo año de su publicación mejoras importantes en todos los ramos. En las próximas entregas aparecerán sucesivamente los artículos siguientes con sus correspondientes dibujos y grabados originales:

Santander, su historia y descripción.—La catedral de Astorga.—Villafranca del Bierzo.—La catedral de Pamplona.—Puerto-Rico.—El castillo de Benavente.—La catedral de Orense.—Palacio de los Churrucas.—El monasterio de Guadalupe.—Subterráneo del palacio de Altamira.—La torre de Hércules.—Alava.—Capilla del Cristo en Santander.—La cárcel de corte ó audiencia de Madrid.—Biografías del Marqués de Santillana,—de D. Diego Saavedra Fajardo,—de Martínez Marina,—del escultor Castro,—del Conde Duque de Olivares,—de D. Gerónimo de Zurita,—de D. Antonio de Oquendo.—Un concilio de Toledo en tiempo de Chintilla.—Los caballeros de San Julian de Pereiro.—Una boda en Carrascalejo.—La feria de Froilan.—La romería de Santarem.—Las bodas de Labajos.—La Cruz de los Angeles y la Cruz de la Victoria.—Monedas del tiempo de los godos.—Trajes de la época de D. Alonso el Sábio y varios artículos de educación, economía doméstica, comercio, moral, agricultura, viajes, historia natural, novelas, cuentos y demas materias que forman la base de nuestro SEMANARIO.

En vez de los geroglíficos que prometimos dar en este periódico, única oferta á que hemos faltado y esto á petición de muchos suscritores al SIGLO PINTORESCO, en el cual se publican constantemente, presentaremos de tiempo en tiempo desde el mes de Enero, problemas de Aljedrez, cuya solución insertaremos al proponer el siguiente, imitando en esto á los periódicos pintorescos de Inglaterra.

Con el segundo número del año entrante recibirán los señores abonados una preciosa portada que se está acabando de grabar, y el índice y cubierta del presente tomo que concluye con esta entrega.

Los suscritores de provincia, cuyo abono concluye en fin de año, se servirán renovar el tiempo, á fin de que no padezcan retardo en el recibo de los números. En Madrid les llevarán los repartidores los recibos á las casas.

Desde el día 15 de Enero próximo estará de venta en los puntos de suscripción el tomo primero de la nueva época del SEMANARIO, que comprende este año de 1846, á 36 rs. encuadernado en rústica y se remitirá á las provincias con aumento del porte.

